

# Missio Profesores

27 de Septiembre de 2013, S. I. Concatedral de S. Nicolás, Alicante

Queridos hermanos, en el Evangelio que se acaba de proclamar, Jesús centra en su don del Espíritu Santo su más auténtica herencia, la verdadera continuación de su presencia y su obra salvadora. El acontecimiento de Pentecostés que hemos escuchado en la primera lectura descrito por San Lucas en el libro de los Hechos, es el acontecimiento que hace patente y público este don de Jesús a su Iglesia.

Hoy nosotros, en esta Misa, hemos venido a invocar al Señor para que nos siga enviando, concediendo el don de su Espíritu Santo. Una Misa, una celebración en la que tenéis especialísima presencia vosotros, profesores, que impartís la enseñanza religiosa escolar en los centros educativos diversos de nuestra diócesis de Orihuela-Alicante.

Con vosotros concluiremos la celebración que nos reúne con el rito del Envío, para que en el nombre del Señor, con la ayuda de su Espíritu transmitáis la fe católica con toda fidelidad y con el testimonio de vuestras vidas. Yo esta tarde, ante el Señor, os animo sobre todo a que le hagáis tres peticiones bien concretas al Espíritu Santo: la alegría de la fe, la ilusión en este inicio de curso y la valoración profunda de vuestra propia tarea de educadores.

Estamos todavía en el Año de la fe, se puede ver en esas colgaduras que nos lo recuerdan. Un Año de la fe que concluirá el día de Cristo Rey, al final de noviembre, y que inauguró nuestro recordado Papa emérito Benedicto XVI, que ponía sobre todo en el horizonte de este Año ese gran don que es la alegría de la fe.

Personalmente creo que no tendré bastante tiempo en los pocos días o semanas que todavía quedan de este Año para darle gracias a Dios por

ese regalo enorme que es creer. Quisiera haceros caer en la cuenta de que la fe es sobre todo un enorme don, un grandísimo regalo respecto al cual S. Pablo decía: «nadie puede decir Jesús es Señor, sino es por la acción del Espíritu Santo». Él suscita en nosotros el don, el regalo de la fe, y por tanto os animo a que le demos gracias.

Aquellos que sentimos la fe como una gran suerte que nos ha caído a los creyentes, démosle gracias con fuerza al Señor, por haberle conocido a Él, por haber escuchado su mensaje, por percibir que la persona de Jesús, sus palabras, su enseñanza, su cercanía en los sacramentos nos cambia la vida, nos hace verla con un color distinto, da sentido a nuestro vivir. No nos quita nuestros problemas, pero los ilumina. No nos quita el tema fundamental de qué es la vida o qué es la muerte, no nos quita el dolor, pero da sentido y significación y un horizonte totalmente nuevo y real a todo ello, y nos lleva a la salvación.

Demos gracias a Dios por el don de la fe. Y también démosle gracias todos los que estamos aquí, porque quienes no sois profesores sois sacerdotes, o sois padres, o sois abuelos, y todos tenemos además del regalo de la fe el gran don de poder ser testigos de esa fe. Podemos hablar de Jesús, dar testimonio de Él en este mundo tan necesitado de sentido, de horizontes, de esperanza. Vosotros, profesores, en vuestras clases, podéis de muchas formas hacer llegar con respeto y cariño a vuestros alumnos el don, el mensaje de Jesús, su enseñanza, todo lo que significa el Evangelio, como fuente de paz, de libertad, de alegría, de horizonte salvador para nuestras vidas. Por tanto, dadle gracias a Dios por la alegría de la fe.

Comencemos con mucha ilusión el curso nuevo. Yo estoy teniendo durante las noches de esta semana la enorme suerte de poder visitar las cinco vicarías: Benidorm, Alicante, Elche, Elda y Orihuela, y reunirme con sacerdotes, religiosos y agentes de pastoral. A todos ellos les invito a que hagan una lectura agradecida a Dios de lo que significa un curso nuevo. Es

igual que cuando estrenamos un día, cuando estrenamos un año, cuando estrenamos una etapa significativa en nuestro vivir. Es una oportunidad nueva, un tiempo, un regalo que Dios da y que encierra muchísimas posibilidades. Yo os pediría –por supuesto que tendréis todas preocupaciones, problemas, a veces inseguridades en el trabajo, en tantas circunstancias de la familia, de la salud de las personas que os rodean, tantas cosas... todos tenemos motivos de preocupación en la vida- pero tenemos que pedirle a Dios que nunca la preocupación mate la ilusión sobre todo de la tarea que tenemos que cumplir.

Estoy, de diversas maneras, tratando de animar, y seguiré animando en este principio de curso, a cuantos se pongan al alcance de mi palabra, para que tomen con auténtica ilusión y responsabilidad el regalo de Dios que es este tiempo que comienza. Tratad de mejorar mirando lo que habéis hecho hasta ahora, tratad de descubrir y agradecer las posibilidades que encierra el curso que comienza. Por tanto, pedid al Espíritu Santo, al Señor: Señor que no pierda el curso, sino que sea un tiempo fecundo por tu gracia y con mi esfuerzo. Que sea un tiempo cargado de trabajo, de compromiso, de hacer las cosas mejor, sobre todo de conciencia de saber que el tiempo para el cristiano es una oportunidad de servir, de hacer el bien, sobre todo vosotros a esa gente que está naciendo a la vida, vuestros alumnos. En el comienzo de este curso rezad por ellos y con ilusión marchad a serviles con toda vuestra alma.

También finalmente os animaba a rezarle al Espíritu Santo para que valoréis enormemente la tarea tan preciosa que como educadores tenéis por delante. Al principio de este verano, en el mes de julio hubo por parte del Papa Francisco una frase feliz en el inicio de la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro. Él dijo una afirmación preciosa: «la juventud es la ventana por la que entra el futuro en el mundo». Yo creo que vosotros en la medida que os entreguéis con la ilusión con la que estrenasteis la

vocación que tenéis, vocación preciosa de educadores, vosotros seréis sembradores de futuro. Como mucho de vosotros, personalmente recuerdo a profesores, educadores que han pasado por mi vida, y que realmente han marcado mi vocación, que han influido en muchas cosas que he venido después a aprender, incluso a realizar.

Un buen profesor, un buen educador es una auténtica suerte, un regalo en la historia de nuestra infancia, de nuestra adolescencia o juventud. Al hacer nuestra la afirmación de que la juventud es la ventana por donde entra el futuro en el mundo, permite que afirmemos que vosotros sois sembradores de futuro porque estáis trabajando con esa realidad maravillosa que son vuestros alumnos, personas que crecerán, que llegarán a desplegar su ser y a los cuales vosotros estáis ayudando a que crezcan, a que lleguen, a que descubran su propia vocación, a que tengan un proyecto de vida, a que lleguen a desplegar lo que Dios espera de cada uno de ellos. Sobre todo transmitiendo el Evangelio de Jesús, si no decís palabras solamente, sino que transmitís con vuestro ejemplo, seguro que estaréis dejando semilla de futuro, semilla de Dios, que un día germinará en el corazón, en la vida de vuestros alumnos.

Por tanto, pedid la alegría de la fe, la ilusión del curso que comienza y sobre todo una gran autoestima, una gran convicción de que la Iglesia, la sociedad necesita mucho de vosotros. Que tengáis una gran caridad con vuestros alumnos. Cuantas veces yo he compartido con gente de colegios la cuestión cuando se habla por ejemplo del fracaso escolar, que a veces el factor clave no es solo la actitud, o las capacidades de la persona del alumno. Hoy día muchos alumnos vienen a clase cargados de circunstancias familiares que les pesan como una losa. Hoy en día muchas de las criaturas que están en nuestros colegios tienen circunstancias nada favorables para crecer, para desarrollarse como personas, y vosotros tenéis que ser especialmente caritativos con ellos. A veces incluso –quizá

exagere- supliendo con vuestro cariño, con vuestra sonrisa, con vuestra cercanía la palabra o el cariño que necesitan de los padres que a lo mejor no tienen, aunque realmente en el carnet o el papel de secretaría del colegio consten sus nombres. Tened caridad, más que nunca con ese alumno que a lo mejor parece el peor, pero que a lo mejor necesita, no que le riñan, sino que alguien le descubra acercándose y descubriendo sus cualidades todo lo que todavía en la vida puede hacer. Si sois cristianos, la caridad, el amor, la ilusión, la entrega marcará vuestra tarea, y vuestra fe no será una fe de palabra, sino una fe con obras.

Estamos delante de la imagen de nuestra Virgen del Remedio. Una imagen que lleva a Jesús, María lleva a Jesús, nos lo entrega. Yo os pido que recemos en esta Misa a María, ella que es el modelo más precioso de lo que es tener fe, de lo que es confiar en el Señor, de lo que es decirle que sí, de lo que es poner en sus manos las dificultades, el problema, aquello que quizá nos pesa como una losa. Dejad que ella sea remedio y amparo de vuestras vidas, y pidiendo y poniendo a María como mediadora, protectora nuestra, recemos al Espíritu para que realmente esa Missio del final de la Misa no sean palabras, para que esta Eucaristía del envío no sea un gesto exterior, sino que realmente lo viváis, lo sintamos desde dentro, delante del Señor.

Y que sobre todo, después, cuando vayáis durante el curso y deis vuestra enseñanza religiosa, no sea una enseñanza de libro, obligada, forzada, por cumplir, sino que ojalá seáis personas de fe, y cuando habléis a los niños de Jesús habléis de alguien a quien vosotros conocéis, de alguien a quien vosotros queréis, y por tanto seáis profesores testigos que hablan y transmiten aquello que ellos han descubierto, aquello que vosotros vivís y estáis alimentando con Él, con Jesús, el sentido y la esperanza de vuestras vidas. Que seáis por gracia de Dios las grandes personas, los grandes

educadores que nuestra Iglesia, nuestra sociedad, nuestros niños necesitan.  
Así sea.

**+ Jesús Murgui Soriano**  
Obispo de Orihuela-Alicante